

HACIA UNA CONSOLIDACION DEL SISTEMA DE PARTIDOS

NO no es tan fácil como podría pensarse que un país llegue a poseer un sistema de partidos políticos estable y duradero. Ahora mismo, en Europa, hay un cierto movimiento en casi todas partes. En Francia han bastado dos años de gobierno de la izquierda para que la coalición en que consistía el Partido Socialista trabajosamente hilvanado por Mitterrand desde que dejó de ser un simple republicano más o menos de izquierda y «radical», esté haciendo agua. No ha perdido ninguno de los mimbres con que fabricó el cesto. Los antiguos socialistas de la SFIO (Deferre, Mauroy), los socialdemócratas radicales de Rocard, la izquierda socialista de CERES, la vieja



ANTONIO FONTÁN

guardia mitterrandiana del CIR, etc., siguen encabezando el partido socialista francés. Los que se les están yendo son los votantes.

El 17 de junio buena parte de ellos se desplazó a la coalición centrista que encabezaba la señora Veil, con Chirac, Giscard, Barre, etc. detrás, y otros se quedaron en casa. Al domingo siguiente también hubo de seguro electores socialistas de mayo del 82 en la manifestación de la Bastilla a favor de la escuela libre.

En Alemania, un tercio de los votantes del partido liberal siguen sin recobrase del mareo a que los sometió Genscher con sus habilidades de cambio de pareja, pasando de una coalición a otra, y han respondido en las elecciones europeas cambiando el sentido de su voto o no acudiendo a las urnas.

En Italia, fueron juntos esta vez los liberales y los republicanos, sin que su asociación los haya sacado de pobres. Los dos tercios de los votantes italianos siguen apoyando a los grandes partidos de estos últimos cuarenta años. Mientras que los socialistas, ni aun teniendo en sus manos las dos colinas del Quirinal (Pertini) y del Viminal (Craxi), ganan en porcentaje electoral.

Suecia es casi una excepción en el continente. Cambian las proporciones de voto según las coyunturas, pero los partidos parlamentarios siguen siendo los mismos cinco desde hace sesenta años. Ello es así porque los partidos responden a la realidad nacional, y porque en este medio siglo largo han experimentado varios relevos manteniendo la identidad y la estructura de cada formación.

En España, el primer Gobierno Suárez introdujo un sistema electoral que se caracteriza por tres rasgos principales: la representación proporcional en el Congreso, en las regiones, en los municipios; la desigualdad de las circunscripciones, y el carácter cerrado y bloqueado de las listas.

La conjunción de estas tres características debería favorecer la construcción de grandes coaliciones o partidos, al dejar descabalgados a los que no alcancen por lo menos el veinte o veinticinco por ciento de los votos nacionales, salvo las formaciones nacionalistas de Cataluña y del País Vasco, que lleguen a esa misma proporción en su respectivo ámbito territorial.

Sin embargo, los partidos no han logrado todavía una consolidación sistemática. Incluso en el caso en que más se han acercado a ello, que es el de los socialistas, ha influido más para lograr votos la imagen de su *poster* que la identidad del partido. Como ahora tienen la mayoría absoluta a escala nacional, las pró-

ximas elecciones serán plebiscitarias, como si en ellas se preguntara «socialistas sí» o «socialistas no», con tal de que, por el otro lado, se ofrezca una opción amplia, coaligada y con un claro proyecto de lo que se propone mudar y de lo que va a dejar quieto de lo establecido por los socialistas en su actual mandato.

Pero hay algo que es todavía más importante. La alternativa ha de explicar qué es lo que su opción propone a la nación como metas para los cuatro años siguientes. Por ejemplo, desarrollar la Constitución antes de tocarle un pelo de la ropa: reconocer, en el orden de los hechos políticos, la peculiaridad de las autonomías que se suelen llamar his-

tóricas, aunque sea tomando de las comunidades europeas la idea de las *dos velocidades*. Evidentemente no tiene sentido que el pluralismo en la televisión, por ejemplo, consista en que Madrid tenga un tercer canal propio, también del Estado, Murcia otro, y Andalucía, probablemente varios, dada la disposición geográfica de su territorio, porque las Comunidades autónomas también son Estado; devolver a los principios del mérito y de la capacidad su plena vigencia en el acceso a la función pública y en la promoción de las actividades privadas, mediante una política económica de fomento, que no sea puro dirigismo; fomentar la vocación de empleo, mediante el aliento a la iniciativa privada, el retorno de la confianza y la superación del terror fiscal; defender con verdadero empeño a nuestros sectores primarios en el seno de las Comunidades Europeas; devolver a la escuela su legítima autonomía, que quiere decir que los centros se gobiernen a sí mismos; abandonar el falso e irreal neutralismo en nuestras relaciones exteriores, etc.

Todo ello constituye un programa de gobierno, que no sólo puede resultar sugestivo, sino que, tal como están las cosas, es indispensable. Daría, por ejemplo, una gran tranquilidad a los ciudadanos, poner fin decididamente a la propensión de los actuales gobernantes de «deslegalizar» asuntos, remitiéndolos a la libre resolución administrativa del Gobierno, que los sustrae a la publicidad y deja a los españoles sin saber a qué atenerse.

A cabo de leer en unas declaraciones —o filtraciones, porque a veces no se distingue una cosa de otra— de algún alto cargo de Hacienda, que en el próximo año, es decir, con cargo al actual, la presión fiscal ha de subir un 1,4 por ciento. Así no hay quien haga previsiones, ni en la vida de las empresas, ni en las más modestas y manuales economías particulares. Todavía, si se hubiera anunciado que tal cosa sucedería en el 86, o sea, con cargo al 85, el incremento podría resultar aceptable.

En un año y pico largo no va a haber elecciones, ni siquiera regionales en España. Hay lugar para reflexionar, para discutir, para actuar; tiempo, en fin, de contribuir a una mayor estabilidad y consolidación al sistema de partidos y de representación política.

Ideología, organización, estrategia. Son las tres grandes cuestiones que se abren ante la posible oferta democrática española, que haya de enfrentarse con la socialista a fines del 85, como muy pronto, o más bien, en el 86.

*América
identificación
Barrabien
Ureca*